

Entrevista a la filósofa ecofeminista Alicia Puleo

Georgina Aimé Tapia González

Universidad de Colima



Alicia Puleo.

Cada época plantea diferentes retos al feminismo, y la crisis socioambiental representa, sin duda, uno de los mayores desafíos de nuestro siglo. En este sentido, resultan fundamentales las aportaciones de la filósofa Alicia Puleo, principal exponente del ecofeminismo constructivista en Iberoamérica, a la teoría feminista y los estudios de género. De no ser por ella, el ecofeminismo sería poco conocido en lengua castellana. Si bien existen diversos ecofeminismos, la versión más popularizada ha sido la clásica de corte esencialista, lo que ha suscitado la desconfianza —más que justificada— de un amplio sector de pensadoras feminis-

tas que miran con recelo los peligros del retorno a la “mujer natural”. Al respecto, Alicia Puleo sostiene que ni *Gaia*, es decir, la madre nutricia que identifica a las mujeres y otros sectores discriminados con la naturaleza, ni *Artemisa*, la cazadora que se acerca a la cultura y rompe sus lazos con los otros seres vivos pueden aportar las claves para afrontar la devastación medioambiental. Nuestra filósofa resignifica a otro personaje de la mitología, a quien llamará la *nueva Ariadna*, la cual ha nacido del encuentro entre feminismo y ecología.

Por lo anterior, iniciar este número especial de la revista *GénEros* sobre “género, medio ambiente, teorías y prácticas ecofeministas” con una entrevista a la filósofa Alicia Puleo implica contribuir a la difusión y el desarrollo en México, de una de las corrientes más vanguardistas dentro de la teoría feminista: el ecofeminismo crítico.

¿Cómo surge el ecofeminismo y cuáles son sus principales corrientes?

El ecofeminismo tiene ya una cierta historia, puesto que surge durante los años setenta del siglo XX. El término se forja en Francia. Podríamos buscarle una historia previa, pero como encuentro del feminismo con la ecología nos tenemos que remontar a la mitad de los años setenta. Françoise D’Eaubonne es la que acuña el término, una feminista libertaria, amiga de Simone de Beauvoir. Sin embargo, el ecofeminismo no tuvo aceptación en Francia, entre otras razones, por el rechazo de la misma Simone de Beauvoir. En cambio, fue muy bien recibido por algunos grupos del feminismo radical en Estados Unidos y otros países del mundo anglosajón.

En esa época, el desarrollo que tuvo en América del Norte está ligado a los seminarios de ética que daba Mary Daly. De ahí proviene la idea del ecofeminismo llamado “clásico”, de corte esencialista, como el planteado por Mary Daly. En su obra *Gyn/Ecology* parte de una contraposición entre mujeres y hombres como realidades ontológicas diferentes, con esencias biológicas que determinan diferencias inalterables, caracterizadas por el principio de Eros, del amor y del cuidado, en la mujer y, en el caso del varón, por el principio de Thánatos, la destrucción y la guerra. Mary Daly sostenía que la civilización había traído una serie de desgracias a la humanidad. En eso era un poco rousseauiana. Además,

hay que pensar que escribía en la época de la Guerra Fría, de la amenaza de guerra atómica entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Por eso, las primeras ecofeministas estaban muy preocupadas por asegurar la paz. Depositaban la esperanza en las mujeres como las salvadoras de la Tierra porque confían en una cultura femenina relacionada con la biología, con la capacidad de crear y cuidar la vida, las distancias de la pulsión masculina ligada al enfrentamiento, la destrucción y la guerra. En realidad, se ha dicho que hay tantas corrientes como autoras y esa observación es muy cierta. Pero si queremos llevar a cabo una distinción entre las distintas corrientes del ecofeminismo podemos utilizar el criterio del perfil esencialista frente a un perfil constructivista, que es posterior, sobre todo en lo que atañe al ecofeminismo filosófico que se desarrolla a partir de los noventa. Esta nueva corriente insiste en el carácter construido, histórico, de esas diferencias entre hombres y mujeres, en lo que respecta al cuidado de la naturaleza y la actitud de relación con los otros y con lo Otro.

También podemos diferenciar las corrientes de acuerdo a otros criterios, por ejemplo, criterios disciplinarios: ecofeminismo teológico, sociológico, filosófico... El ecofeminismo cultivado por teólogas se preocupa por la cuestión de la divinidad y la influencia que tiene el carácter patriarcal de las religiones en el rechazo de la materia, la naturaleza y la devaluación de todo lo que se relaciona con el cuerpo y el mundo del devenir. El ecofeminismo desarrollado por sociólogas se centra en las relaciones de producción, de trabajo, de clase social, pertenencia étnica, edad... Asimismo, podemos utilizar la distinción norte-sur. Si el primer ecofeminismo del norte se apoyaba sobre todo en argumentos esencialistas, criticando al varón como causante de la crisis ecológica, desde el sur, el ecofeminismo postcolonial de Vandana Shiva argumenta que el enemigo no es el varón, sino el "mal desarrollo" y el hombre blanco colonizador.

Desde el punto de vista de la cuestión animal se puede hacer una distinción entre aquellos ecofeminismos más cercanos a una posición holista, como es el caso de la ecología profunda, y que han preferido a menudo utilizar el nombre de *ecological feminism*, frente a quienes han tratado intensamente la cuestión animal y han conservado el nombre de *ecofeminism*.

Ahora bien, a su juicio: ¿qué aporta el ecofeminismo a la filosofía feminista, los estudios de género y la ética ambiental?

Al feminismo y a los estudios de género, el ecofeminismo les aporta la conciencia del momento histórico que estamos viviendo, la noción de *antropoceno*, el estar viviendo en una era geológica en la que la capacidad tecnológica de la humanidad es tan grande que afecta gravemente la corteza terrestre y transforma el clima en una escala nunca antes vista. El ecofeminismo concibe esto de una manera crítica, a diferencia de quienes lo asumen acríticamente, es decir, de quienes festejan que estamos en una época en que la tecnología puede transformar todo de una manera brutal y no se dan cuenta del problema de los límites del planeta, ni quieren reconocer las consecuencias devastadoras que tendrá el cambio climático. En ese sentido, el feminismo siempre ha sido capaz de ir asumiendo nuevas problemáticas y, haciéndolas suyas; analizar de qué manera afectan a las mujeres.

La crisis ambiental representa un nuevo reto para el feminismo y es el ecofeminismo el que lo acepta, el que piensa este tiempo suyo, este tiempo nuestro, y lo piensa de una manera realmente comprometida. El ecofeminismo aporta la sensibilidad ecológica al feminismo y a los estudios de género. También viene a recordarnos la cuestión animal, que ya fue un tema del feminismo con algunas sufragistas que relacionaron la violencia hacia las mujeres con la violencia hacia los animales y fundaron las primeras ligas contra la vivisección y el maltrato animal. A esta lucha de las sufragistas yo la he llamado *otra ilustración olvidada*, otra historia del feminismo que ni el feminismo recuerda demasiado hoy en día. El ecofeminismo conecta con esas raíces.

A la ética ambiental, el ecofeminismo le proporciona la clave de género, que en principio ésta no tiene. Le aporta claves que no poseía a través, por ejemplo, de la ética del cuidado. Si me preguntaras “¿qué aporta el ecofeminismo al ecologismo?”, respondería algo similar: claves con respecto a las identidades de género, a las actitudes diferenciadas por género que explican muchos comportamientos con respecto al medio ambiente y a lo que llamamos “naturaleza” y que, en sí, ni la ética ambiental ni el ecologismo poseen. Diría también que lo que el ecofe-

minismo le tiene que recordar y le recuerda a la ética ambiental y al ecologismo es el protagonismo de las mujeres que siempre es sistemáticamente invisibilizado.

¿Ecofeminismo, feminismo ambiental y estudios sobre género y medio ambiente son sinónimos?

No, indudablemente no. Voy a empezar refiriéndome a los estudios de género y medio ambiente que son realmente distintos de los dos anteriores, sobre todo del ecofeminismo. En la Cuarta Conferencia Mundial sobre las Mujeres de Beijing de 1995 había todo un apartado referido a género y medio ambiente y se daba una serie de recomendaciones que se han vuelto a retomar en cantidad de informes sobre género y medio ambiente que se vienen produciendo desde esa fecha, porque es indudable que hombres y mujeres no son, en algunos aspectos, afectados de la misma manera por las catástrofes ambientales, por la degradación ambiental, por el cambio climático. El hecho de que los roles de género sean diferenciados hace que los efectos de la degradación ambiental sean distintos. En ciertos países se impide a las mujeres un tipo de actividades que podrían salvarlas en situaciones de catástrofe como, por ejemplo, aprender a nadar. O el hecho de que las mujeres están encargadas de una serie de tareas muy relacionadas con el medio ambiente en el mundo rural de las poblaciones pobres o empobrecidas (cultivo del huerto, búsqueda de agua y de leña) conlleva que sean las mujeres y los niños y niñas los primeros afectados. Los estudios de medio ambiente estudian y observan estos aspectos, por un lado, para prevenir el impacto del deterioro medioambiental y, por otro, para impulsar el protagonismo de las mujeres, su acceso a la toma de decisiones ambientales. Algunas organizaciones buscan empoderar a las mujeres campesinas e indígenas en la toma de decisiones ambientales en su medio para que no sean víctimas de las decisiones que hayan tomado otros. Por último, los estudios sobre género y medioambiente han estado explorando la posibilidad de que las mujeres fueran actoras activas, colaboradoras para detener el cambio climático, para detener la deforestación... En los estudios sobre género y medio ambiente se ha intentado responder también al siguiente interrogante: ¿qué pueden aportar las mujeres? No sólo qué se les puede ofrecer a las mujeres para compensar el *handicap* que sufren,

sino ¿qué pueden aportar ellas? ¿qué conocimientos poseen sobre el medio? Y ¿en qué medida sus conocimientos, ese conocimiento de la flora local, del medio, esa sabiduría basada en la experiencia pueden impulsar políticas de sostenibilidad?

¿Cuál es la diferencia entre ecofeminismo y feminismo ambiental?

Yo creo que pasaría por un concepto clave, el concepto de antropocentrismo, porque el feminismo ambiental es sólo feminismo tradicional más una serie de consideraciones razonables sobre la gestión de los recursos y no implica una reflexión profunda sobre quiénes somos los seres humanos, qué posición ocupamos con respecto a los demás seres vivos. Se trata, simplemente, de un intento de mitigar los efectos negativos de la gestión irracional que se lleva a cabo actualmente, de mejorar la gestión de los recursos. La misma expresión “mejorar la gestión de los recursos” está mostrando que se piensa la naturaleza como simple recurso, que se piensa desde una posición de razón instrumental en que la naturaleza es un medio para mis propios fines como ser humano. Implica que debo cuidar del medio ambiente porque es donde tenemos que vivir y si lo destruimos nos colocamos en una situación difícil. Pero no hay un cambio de estatuto de las relaciones entre los humanos y el mundo natural no humano, no hay un cuestionamiento del estatus del ser humano en el mundo, mientras que en el ecofeminismo sí la hay. El ecofeminismo es una reflexión que cuestiona el antropocentrismo y trata de entender de otra manera a la humanidad con base a que piensa la realidad como una red de relaciones en donde los humanos tenemos un lugar, pero no necesariamente *el lugar* preeminente. No hay en el ecofeminismo ese abismo ontológico entre los seres vivos humanos y los no humanos que existe en el pensamiento hegemónico. En una palabra, el ecofeminismo es un pensamiento mucho más crítico que un simple feminismo ambiental.

Esto no quiere decir que no haya puntos en común entre el ecofeminismo, el feminismo ambiental y los estudios sobre género y medio ambiente. Se pueden apoyar recíprocamente en muchos aspectos. Por ejemplo, en la colección *Feminismos* de la editorial Cátedra, tenemos previsto publicar un libro sobre el medio ambiente y la salud de las mujeres. ¿Es un libro ecofeminista? No necesariamente, puede servir para

el ecofeminismo, pero es un estudio sobre género y medio ambiente en donde se aborda los efectos de los campos electromagnéticos, los agrotóxicos y otras sustancias contaminantes sobre la salud de las mujeres. Es una obra sobre género y medio ambiente, muy relevante, que además puede servir para nutrir el ecofeminismo, pero este último implica en sí mismo un cuestionamiento filosófico de ese estatus que se ha auto-adjudicado el ser humano.

¿Cuál ha sido el impacto del ecofeminismo en las artes, las humanidades, las ciencias sociales y las ciencias ambientales, y en la medicina?

El ámbito de la medicina se ocupa muy poco de estas cuestiones. Los sectores de la medicina que realizan estudios sobre medio ambiente y salud son muy escasos. Investigaciones sobre, por ejemplo, la importancia de conocer el impacto de las fumigaciones en la salud de la población no llegan a amplios sectores dentro de la medicina, sino que representan, aún, estudios de vanguardia.

En cuanto a la influencia del ecofeminismo en las artes, las humanidades y las ciencias sociales, creo que todavía es escasa. Hay pocas novelas, por ejemplo. Si tengo que buscar una novela ecofeminista podré contarlas con los dedos de una mano y creo que me sobran, en el arte tampoco hay demasiado, cuando he intentado buscar arte ecofeminista, la mayor parte de lo que he encontrado era arte bastante *naïf*. Yo creo que todavía es poca, pero entiendo que tiene un horizonte enorme de desarrollo. El tema del siglo XXI, desgraciadamente, va a ser cada vez más el de la degradación ambiental. Va a ser el gran tema de nuestro tiempo con los desplazamientos forzados de refugiados ambientales y las guerras por los recursos naturales escasos. Ahora hablamos de refugiados de guerra, pero olvidamos que muchas guerras se desatan por el acceso a los recursos naturales. El colapso medioambiental, que será económico, civilizatorio y energético, que algunos estudios preveían para finales de este siglo parece que se va a adelantar, según me comentaba un científico, por lo menos en veinte años. Es decir, que de aquí a 20 o 30 años vamos a tener que, bueno, quienes vivan, van a tener que enfrentarse a esa situación inédita, lo cual va a tener necesariamente un impacto en la creación ficcional, en las humanidades, el arte y las ciencias sociales. Por

el momento, todavía en su mayoría no son sensibles o no están abiertas suficientemente (a menudo, nada) a esta nueva problemática y prefieren encerrarse en cuestiones más bien narcisistas.

Esta tendencia no se debe sólo a las inercias académicas o al egocentrismo de estudiosos y creadores, sino que el mismo público que consume arte, ensayo, ficción o literatura todavía sigue interesado, incluso cada vez más, por cuestiones narcisistas, de indagación sobre el erotismo, las identidades... cualquier cosa, menos lo que realmente es el gran reto del siglo XXI. No se le reconoce como tal y, por lo tanto, no tiene la atención debida en las artes, en la literatura y en las ciencias. Yo creo que falta conciencia y sobra antropocentrismo narcisista y esa es la razón, por ahora, de esa escasez.

¿Quiere agregar algo más sobre, por ejemplo, la influencia del ecofeminismo en la crítica literaria?

Sí. He sido quizá demasiado negativa en mi respuesta. Es cierto que, a partir de la ecología y el animalismo se están desarrollando formas disciplinares de las artes y las humanidades, por ejemplo, la ecocrítica está experimentando un desarrollo importante y tenemos teóricos y teóricas que hacen estudios literarios desde la perspectiva ecológica ecofeminista. Pero también es verdad que encuentran poca producción artística que colme realmente sus expectativas. Alguien que haga ecocrítica puede escoger una novela del siglo XIX y ver cómo está allí presentada la naturaleza, qué relaciones se establecen entre humanos y no humanos. Pero muchas veces la imagen que nos devuelve esa novela es similar a la de una novela contemporánea. Quiero decir que en ésta, aunque hay excepciones, la mayor parte no ofrece contenidos innovadores a la altura de las herramientas conceptuales de la ecocrítica. Las y los ecocríticos no encuentran suficiente material en las novelas que analizan, es como si vas preparada para una gran aventura de escalada con un gran conjunto de herramientas —cascos, cuerdas, etcétera— y resulta que luego te encuentras con una montaña diminuta, Pareciera como que la ecocrítica se hubiera desarrollado antes que la propia materia a la cual tiene que ser aplicada. Hay poco material para analizar, lo hay, pero poco... ¡Es curioso!

¿Es el ecofeminismo como filosofía el que ha sentado las bases conceptuales para el desarrollo del feminismo ambiental y de los estudios de género y medio ambiente, si bien esta deuda se olvida con frecuencia?

Sí, bueno, es normal que ocurra eso porque al feminismo siempre le ha pasado, hoy, de hecho, he visto en un periódico que Lipovetsky se ha referido a la esclavización de las mujeres por la moda, a cómo la moda esclaviza los cuerpos de las mujeres. El periódico le dedica dos páginas con fotografías a las declaraciones de este filósofo. Y no pude dejar de preguntarme: ¿Cuántos años hace que las teóricas feministas vienen diciendo eso y no sólo diciéndolo, sino analizándolo muy finamente en obras de gran altura intelectual? ¿Se les ha reconocido en la misma medida? No se les ha reconocido. Pero cuando habla un señor que habrá leído, evidentemente, muchas de estas obras feministas, entonces se le otorga todo el crédito. Así ha sucedido siempre en la historia del feminismo. El feminismo radical, por ejemplo, fue el primero en hablar de violencia contra las mujeres. Fue el primero en denunciar las mutilaciones sexuales rituales. Durante años fue el único que lo hizo. Sin embargo, ahora, cuando hay planes generales contra estas violaciones de los derechos humanos de las mujeres, no se suele recordar que es el feminismo el que puso estos temas en la agenda internacional. Entonces, es normal que pase esto con el ecofeminismo. Es así, pero, bueno, por lo menos nos tenemos que alegrar de que los temas finalmente vayan siendo conocidos. Ya es algo.

¿Podría hablarnos sobre su propuesta?

¿Cuáles son los principales desafíos del ecofeminismo crítico?

Mi propuesta ecofeminista es una propuesta, que he llamado “crítica” como una manera de referirme a la teoría crítica. Todos los ecofeminismos son críticos, no es que yo esté diciendo que no lo son y que éste es el único crítico, sino que es una referencia a la teoría crítica y a la tradición crítica ilustrada, la tradición de crítica al prejuicio. Yo vengo de una corriente feminista española que es la que se desarrolla desde los años ochenta con el Seminario Feminismo e Ilustración que fundó Celia Amorós en la Universidad Complutense de Madrid. Mi idea es que el ecofeminismo, que es la corriente más vanguardista del feminismo, tiene que conservar ciertos conceptos ilustrados para preservar a las mujeres de proble-

mas derivados del contacto del feminismo con el ecologismo en el mundo de la globalización neoliberal.

¿Qué significa conservar algunos conceptos ilustrados en un periodo post-ilustración? Que las mujeres no deben retroceder en sus demandas de autonomía y de igualdad. ¿Igualdad en qué sentido?: no en el sentido de asimilarse al mundo masculino sin transformarlo, sino de integrarse en el mundo transformando al mundo. Ese es un doble movimiento complicado, pero necesario, porque no se puede transformar sin tener mínimamente algo de poder, y no se puede tener poder si se persiste en las tareas y los espacios tradicionales de las mujeres. Entonces ¿a qué no podemos renunciar? a la autonomía, es decir, a la capacidad de darse a sí mismas la propia norma justa y racional, no basada en prejuicios. La autonomía es un concepto claramente ilustrado que apela a la capacidad —ni irracional ni caprichosa— de forjar la propia norma justa. No depender de tutores religiosos, ni políticos, decía Kant y, desde el feminismo, añadimos “ni tutores patriarcales”. El acceso de las mujeres a la autonomía, a la libertad de poder decidir sobre el propio cuerpo (que es algo que siempre se les ha negado), esos principios inspirados en la Ilustración, son principios que preservan los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres y, en general, la libertad y la capacidad de acceder a decisiones que siempre han sido negadas. En fin, que son principios propios de lo que significa ser persona en una sociedad de iguales. Éste es un aspecto de mi propuesta ecofeminista que la diferencia de algunas otras y que proviene de mi propia historia dentro del feminismo, de la corriente feminista que reconoce el legado ilustrado como un aspecto central de la emancipación de las mujeres.

Entre otros aspectos de mi propuesta ecofeminista están también los referidos a la ciencia y la técnica, a la ética del cuidado y al trato concedido a los animales no humanos. No planteo un rechazo de la ciencia y la técnica, pero sí una revisión muy seria de lo que es la vida buena tal como se ve en el modelo capitalista neoliberal. Este modelo es imposible de universalizar, pues los recursos del planeta no pueden sostener un mundo de consumo energético y de contaminación como el que tenemos actualmente en los países desarrollados.

La revisión del ideal de vida buena es fundamental junto con una visión crítica del modelo económico porque un modelo que exige un crecimiento infinito, ilimitado, en un planeta limitado, finito, es inviable. Esto es parte de lo que hay que pensar: ¿qué situación social y ambiental está generando un mundo globalizado bajo el modelo del “mal desarrollo”?

La reivindicación de una ética del cuidado no eliminacionista, es decir, una ética del cuidado que no desestime la importancia de la capacidad de la razón para establecer criterios. Esta ética del cuidado debe ser una ética universal, no restringida únicamente a las mujeres.

Es necesario que sea enseñada también a los niños y no sólo a las niñas, y que apliquemos sus principios no sólo a los humanos, sino también a los seres vivos no humanos y a los ecosistemas. Se trata de una revalorización de una serie de actitudes y virtudes que no han sido suficientemente valoradas justamente por ser adjudicadas a un grupo subordinado: el de las mujeres.

En cuanto a la cuestión de los animales no humanos, pienso que exige un cambio enorme. Cuando tomamos conciencia de las terribles injusticias que soportan a lo largo de sus vidas, del sufrimiento inmenso sin grado posible de comparación con los humanos, comprendemos que el trato que reciben los animales no humanos es una cuestión mayor de la ética. La veo como un aspecto fundamental del ecofeminismo.

Estadísticamente, las mujeres hemos sido más sensibles, más empáticas, incluso con los animales. No todas, por supuesto, por eso digo “estadísticamente”, y esa actitud o esa capacidad de ver el sufrimiento puede iluminar bastante el camino hacia una humanidad menos bárbara. Por eso, utilizo la imagen de Ariadna en *Ecofeminismo para otro mundo posible*, porque en el mito griego, Ariadna le daba el ovillo a Teseo para que encontrara la salida del laberinto. El ovillo que le da la Ariadna ecofeminista al nuevo Teseo es el de esa sensibilidad y esas actitudes que ya no tienen que ser únicamente “femeninas”, sino que tienen que ser compartidas. Se trata de un aspecto fundamental de la transformación ecofeminista.

¿Qué relación existe entre el ecofeminismo, el ambientalismo y el movimiento en defensa de los derechos de los animales no humanos?

En estos momentos veo con inquietud y consternación que cada vez hay un enfrentamiento mayor entre el ambientalismo y el movimiento de defensa de los derechos de los animales no humanos. Se enfrentan dos paradigmas distintos. En el ambientalismo tenemos, en general, una posición holista que se preocupa por los ecosistemas sin que importen los individuos; en el movimiento animalista, en cambio, se asume una posición que en filosofía llamamos “atomista”, que mira la suerte de cada uno de los individuos, sus sufrimientos, sus expectativas, lo que le toca vivir. El enfrentamiento no es nuevo, pero se ha intensificado por dos razones. Por un lado, porque el animalismo está creciendo y ahora ya es un movimiento potente, capaz de dar respuestas más contundentes al ecologismo; un movimiento que no quiere ya ser confundido con el ambientalismo. Por otro lado, se han tomado algunas decisiones, en diversos países, en las que han intervenido grupos ambientalistas y que implicaban, por ejemplo, eliminar a individuos de una especie que se consideraba invasora, o que era demasiado prolífica y, por tanto, perjudicial para el ecosistema. Estas “soluciones” no pueden ser aprobadas por el animalismo que respeta a cada individuo y que ve animales inocentes en lo que los ambientalistas consideran sólo elementos negativos para el equilibrio ecosistémico. Ese enfrentamiento, de alguna manera, se ha dado también dentro del ecofeminismo anglosajón en el que encontramos un ecofeminismo holista y un ecofeminismo preocupado por el sufrimiento animal y que otorga relevancia al sujeto individual. Yo he planteado una política de pactos de ayuda mutua entre los distintos grupos y entre las distintas posiciones porque, si bien es cierto que no se deben ocultar las diferencias ni evitar los debates necesarios, tampoco es bueno que grupos que podrían y deberían apoyarse frente a un sistema neoliberal y antropocéntrico extremo que está destrozando todo se mantengan en una total enemistad.

Pasando a otra interpretación de la pregunta que me haces, también podría decir que entre el ecofeminismo, el ambientalismo y el animalismo habría una intersección de espacios. Podríamos entenderlo como

la teoría de los conjuntos, unos incluirán círculos que en algunas partes se sobreponen y en otras no. Hay intersección de espacios y también aspectos de cada uno que no son compartidos. Me parece interesante al respecto mencionar una experiencia reciente respecto a una campaña de firmas auspiciada por la Red Ecofeminista de la que formo parte. Era sobre un tema ecofeminista y animalista y, sin embargo la campaña tuvo menos repercusión de la que se esperaba justamente por esa intersección de espacios. En el ecologismo o en el animalismo no hay necesariamente una conciencia feminista. No todos los animalistas o los ecologistas son feministas ni todas las feministas tienen conciencia ecologista o ecofeminista, por eso, esa intersección es muy pequeña y costaba conseguir firmas.

Hace años sostuve que el feminismo y la ecología eran movimientos que se daban la espalda, sobre todo en el mundo hispanohablante. Ahora ya no es así, el auge del ecofeminismo constructivista es una prueba de que una parte del feminismo se interesa por el ecologismo, aunque todavía persiste la enemistad, principalmente entre los sectores que miran con desconfianza al ecofeminismo. Y el ecologismo y el animalismo comienzan a acercarse también al feminismo.

¿Es posible establecer un diálogo entre el ecofeminismo crítico y las mujeres indígenas y campesinas que protagonizan movimientos socio-ambientales?

¿En qué aspectos podrían enriquecerse mutuamente?

Una de las claves del ecofeminismo crítico que he planteado es la importancia de establecer un diálogo intercultural en el que las culturas aprendan una de las otras, porque ninguna es perfecta. Ese aspecto de mi propuesta ecofeminista es una invitación para aprender recíprocamente, como se puede criticar en una amistad a partir de las críticas bienintencionadas que recibimos. Las buenas amigas, los buenos amigos son quienes realmente son capaces de darse consejos. Pueden hacerse críticas que no se atreverían a hacer a alguien a quien no se conoce demasiado. La confianza de la amistad permite mejorarse mutuamente a través del diálogo. Pero claro, para que se establezca ese diálogo que mencionas entre las mujeres indígenas y el ecofeminismo crítico es necesaria una condición: que las mujeres campesinas e indígenas en cuestión hayan llegado a ese momento en el que se dan cuenta de que lo que es-

tán haciendo o lo que están pidiendo ya es una acción feminista. Hace unos pocos años, en un encuentro ecofeminista en Chile, escuché a una líder indígena boliviana que contaba en su ponencia que le había costado llegar a reconocerse como feminista y a utilizar ese término. Yo creo que este proceso es algo universal, en el sentido de que las mujeres en general tardamos en reconocernos como feministas porque esa palabra está estigmatizada. No sólo es una cuestión de términos, también es una cuestión de miedo a posicionarse de una manera que puede ser considerada agresiva, que implica una transformación de las identidades recibidas. Ha pasado y pasa en todos los movimientos sociales.

Las futuras feministas de los años sesenta y setenta no se denominaban al principio a sí mismas feministas, sino que estaban dentro del movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos o en la *New Left*, pero poco a poco fueron descubriendo que eran discriminadas por los propios compañeros de estos movimientos, a pesar de estar en un proyecto común que luchaba por la igualdad racial y por la transformación del mundo, etcétera. Incluso en los movimientos progresistas, en los movimientos de oposición al poder injusto, hay actitudes patriarcales. En una ocasión, en el curso de historia de la teoría feminista de la Universidad Complutense de Madrid, yo acababa de explicar este proceso de las feministas radicales, cómo aquellas jóvenes en Estados Unidos habían llegado a formar sus propios grupos autónomos feministas, y entonces, en el debate, algunas chicas del 15M levantaron la mano y dijeron: “Lo que nos contaba sobre el surgimiento del feminismo radical lo hemos vivido así, tal cual”. “Ahora entendemos que también nosotras estamos sufriendo una opresión especial”, ese descubrimiento, esa autoconciencia, viene después, no suele venir dada desde el primer momento.

En el 15M surgido en Madrid en 2011 (también llamado movimiento de los indignados), movimiento del cual salieron grupos permanentes de debates políticos, incluso formaciones políticas nuevas, las jóvenes comenzaron a detectar ciertas actitudes sexistas de sus compañeros, lo que las llevó a profundizar en la autoconciencia feminista. El feminismo siempre surge cuando hay movimientos de contestación social. En su seno, las mujeres perciben una contradicción entre los principios eman-

cipatorios que los sustentan y las actitudes sexistas de sus miembros. Los movimientos de mujeres indígenas y campesinas van adquiriendo o han adquirido una conciencia feminista porque pasan por un proceso similar. Por eso, la condición de posibilidad del encuentro entre los movimientos de mujeres indígenas y campesinas y el ecofeminismo es que estén llegando a ese momento en el cual se produce la autoconciencia, la conciencia de pertenecer como mujeres a un grupo especial que padece una opresión común, por supuesto, dentro de un contexto, una sociedad, una pertenencia cultural específica. Yo creo que eso se está produciendo. La Declaración de las Mujeres de Vía Campesina de Nyéléni, en Mali, en 2007, me ha impresionado mucho por los numerosísimos puntos de contacto que tiene con lo que yo he planteado como ecofeminismo crítico.

Esta declaración de mujeres indígenas y campesinas, producto del Foro Mundial por la Soberanía Alimentaria, incluye una serie de cuestiones clave como, por ejemplo, la capacidad de decidir sobre sus cuerpos, el derecho a la tierra, a los medios tecnológicos para trabajarla, la autonomía, el derecho a que sean reconocidas las aportaciones de las mujeres y los pueblos indígenas que, como bien señalan, llevan siglos guardando conocimientos sobre los cultivos, la flora del lugar, en fin, toda una serie de aportaciones de las mujeres que no se traducen en un acceso al poder de decisión. Señalan que no quieren ser ni oprimidas por los patriarcados tradicionales ni por el nuevo patriarcado neoliberal que las empobrece y envenena con los agrotóxicos y los monocultivos de organismos genéticamente modificados. Reconocen dos tipos de opresiones, las tradicionales y las nuevas, y se rebelan contra ambas. Es un documento fundamental por la claridad con que ve esa doble opresión. En ese sentido, coincide totalmente con lo que yo planteo en mi teoría ecofeminista.

Para concluir la entrevista, a su juicio, ¿hacia dónde se dirige el ecofeminismo?

Esta pregunta requiere una respuesta profética [risas], pues en primer lugar hacia la juventud, porque creo en la capacidad de las mujeres de todas las edades, no sólo de las mujeres jóvenes, pero yo le auguro un porvenir potente por la razón que antes señalaba, por la fuerza de las cosas, por el hecho de que va a ser necesario pensar una sociedad diferente, una or-

ganización diferente, una organización económica, una orbe energética, una orbe social en donde se pueda hablar realmente de sostenibilidad, y para que ese momento no nos pille desprevenidas tendremos que pensar respuestas ecofeministas, porque si no, nos vamos a encontrar con la respuesta de algunos sectores de la ecología que están planteando un retorno de las mujeres a las tareas domésticas para que se contamine menos, porque la sociedad industrial es una sociedad de usar y tirar, una sociedad que produce desechos que no pueden ser absorbidos por la Tierra.

El ecofeminismo tiene que pensar sobre el puesto de las mujeres en esa sociedad que se va a vivir dentro de unas pocas décadas, probablemente de una manera más bien forzada por las transformaciones climáticas y ecosistémicas que incidirán en lo económico, social y político, y no por una voluntad racional de decir “vamos a evitar la catástrofe”. De una manera o de otra, o bien porque los seres humanos sean capaces masivamente de tomar una decisión sabia, cosa improbable, o bien por la fuerza de las circunstancias, habrá un inmenso cambio, y para ese momento hay que tener pensadas soluciones ecofeministas si no queremos volver a caer en el mundo de la domesticidad.

Por otro lado, debemos ser conscientes de que hay nuevas formas de manipulación del cuerpo de las mujeres, formas posibilitadas por los avances tecnológicos, la maternidad subrogada (o vientres de alquiler) es una de ellas, y el movimiento del ecofeminismo debe estar atento para pensar la respuesta que se va a dar. Esperemos que el futuro sea ecofeminista.

¿Hay algo en especial que quisiera agregar sobre este número monográfico de la revista GénEros sobre ecofeminismo, género y medioambiente?

Quisiera dar la enhorabuena a la revista porque me parece una decisión excelente, vanguardista y muy necesaria. Es hora de pensar de otra manera nuestra identidad y nuestra relación con la naturaleza y con los animales no humanos. Esa forma de pensar nueva se llama *ecofeminismo*.

Bibliografía para profundizar en el pensamiento de Alicia Puleo

- Puleo, A. (1993). *La Ilustración obviada: la polémica de los sexos en el siglo XVIII*, Barcelona: Anthropos.
- Puleo, A. (2004). Luces y sombras de la teoría y la praxis ecofeministas. En: Cavana, M.L., Puleo, A., y Segura, C. (coords.), *Mujeres y ecología: Historia, pensamiento y sociedad* (pp. 21-34). Madrid: AL-MUDAYNA.
- Puleo, A. (2005). Del ecofeminismo clásico al deconstructivo: principales corrientes de un pensamiento poco conocido. En: Amorós, C., y de Miguel, A. (coords.), *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización*, Vol. 3 (121-152). Madrid: Minerva ediciones.
- Puleo, A. (2008). Libertad, igualdad, sostenibilidad. Por un ecofeminismo ilustrado. En: *Isegoría Revista de Filosofía Moral y Política*, 38, 39-59.
- Puleo, A. (2011). *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Madrid: Cátedra.
- Puleo, A. (2015a). El ecofeminismo y sus compañeros de ruta. Cinco claves para una relación positiva con el ecologismo, el ecosocialismo y el decrecimiento. En: Puleo, A. (ed.), *Ecología y género en diálogo interdisciplinar*, 387-406. Madrid: Plaza y Valdés.
- Puleo, A. (2015b). Ese oscuro objeto del deseo: cuerpo y violencia. *Revista de investigaciones feministas de la Universidad Complutense de Madrid*, 6, 122-138.

Georgina Aimé Tapia González

Mexicana. Doctora en filosofía por la Universidad de Valladolid, España. Actualmente es profesora investigadora de tiempo completo en la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Colima. Líneas de investigación: filosofía feminista, estudios de género y educación, y ética ecológica.

Recepción: 31/05/17
Aprobación: 03/06/17



Luna | Josefina Silva Farías

Técnica: Mixta. Barro, carbón y plumas, sobre madera reciclada.

Medidas: 31.5 x 44 cm.

Año: 2017